

Mar Mari, y la presencia de paralelismos con las tradiciones maniqueas y baptistas judeocristianas (pp. 80-113 y 114-120). Desde un punto de vista teológico y ya en un ámbito cristiano, los *Hechos de Mar Mari* reflejan una posición contraria al miasfismo que es propia del contexto cultural y religioso que sigue a la clausura de la escuela de Edessa. Las fórmulas de fe presentes en la obra parecen oponerse a determinadas corrientes heréticas que ponían en discusión el dogma trinitario y el cristológico (arrianismo, marcionismo y triteísmo) (pp. 121-135).

Como ya se ha indicado más arriba, Ilaria Ramelli concluye su análisis confirmando las opiniones de Abbeoos acerca de la datación de la obra, y sitúa la redacción final de la misma en el ambiente persa de finales del siglo V o principios del siglo VI d. C. Muchos materiales utilizados para su composición se remontan a los primeros siglos de la era cristiana, y proceden probablemente de la Mesopotamia arsácida de los siglos I-II d. C. (pp. 135-138). Las páginas 138-144 presentan los diferentes testimonios documentales sobre los que se basan las ediciones críticas que se han realizado de esta obra. La bibliografía (pp. 209-225) ofrece un panorama exhaustivo de las publicaciones relacionadas de modo directo o indirecto con la temática del libro hasta el año 2007. Se incluye un índice de los nombres propios de personas y lugares que aparecen en el texto de los *Hechos de Mar Mari*, tanto en italiano como en siríaco (utilizando la transcripción consonántica del original), con referencias a los párrafos de la traducción y a las páginas de la *Editio Princeps* de Abbeoos (pp. 227-229). También se incluye un índice temático con referencias a los párrafos del texto (pp. 230-231).

FRANCISCO DEL RÍO SÁNCHEZ
Universidad de Barcelona

REED, Jonathan L., *El Jesús de Galilea. Aportaciones desde la arqueología*, trad. esp. de Jesús Valiente Malla, «Biblioteca de Estudios Bíblicos» 120 (Salamanca: Sígueme, 2006), 320 pp.; figs. y mapas en b/n. ISBN: 978-84-301-1607-2

El nuevo impulso de las investigaciones en torno a Jesús, en el contexto de la tercera búsqueda (Third Quest), ha comportado el despliegue de muy diversas opciones metodológicas. Todas coinciden, sin embargo, en juzgar que la validez de sus resultados depende, en última instancia, de su adecuación con el ambiente geográfico, económico, cultural y socio-histórico al que aluden. Este inexcusable marco de referencia, tan sólo bosquejado en los antiguos textos literarios, no puede acabar de dibujarse sin reparar previamente en la información dispensada por la

arqueología. De ahí la necesidad de atenerse a las “implicaciones que conlleva la arqueología de Galilea para la investigación del Jesús histórico” como Reed advierte en el prólogo (pp. 9-11) que, seguido de una lista de ilustraciones, tablas y abreviaturas (pp. 12-14), abre paso a su obra.

El libro, traducción del original *Archaeology and the Galilean Jesus. A Re-examination of the Evidence* (Trinity Press International, Harrisburg, 2000), del arqueólogo y biblista estadounidense Jonathan L. Reed, consta de ocho capítulos, algunos de los cuales se basan en estudios ya publicados (caps. 2, 6 y 7), aunque aquí revisados. El primer capítulo “La arqueología de Galilea y el Jesús histórico” (pp. 17-41) introduce las tres partes del libro, formada cada una por dos capítulos (2 y 3; 4 y 5; 6 y 7). Dos mapas, uno topográfico y otro político de Palestina, sitúan al lector ante la Galilea del siglo I, escenario central del Jesús histórico. Argumentando el sentido de su libro en las páginas que siguen, el autor contrasta la secular trayectoria de los estudios sobre Jesús, muy propensa a centrarse exclusivamente en los textos, con la creciente necesidad de atender a las aportaciones de la arqueología. Recurrir a ella no implica prescindir del análisis textual, ya que “hoy la investigación (...) ha de ser bifocal, lo que significa una lectura crítica e informada de los primitivos textos cristianos y además una reconstrucción plausible de su trasfondo” (p. 24). A ese “trasfondo” es al que hay que prestar especial atención, pues, al decir de Reed, “la principal aportación de la arqueología a la investigación del Jesús histórico radica en su capacidad para reconstruir su mundo social” (p. 36), encontrando así el integrador equilibrio entre filología y arqueología. A ese fin precisamente aspiran los estudios de este libro.

La primera parte del libro la integran el segundo y tercer capítulos (pp. 43-129). El segundo capítulo, “La identidad de los galileos: consideraciones étnicas y religiosas” (pp. 45-85), nos traza, a la luz de los datos arqueológicos, una Galilea despoblada desde la invasión asiria a fines del siglo VIII a.C., situación que esencialmente se mantuvo hasta la expansión asmonea, a fines del II y I a.C., cuya política repobladora se tradujo en un notorio aumento de asentamientos por toda Galilea. Ello hace inviable identificar a los galileos del tiempo de Jesús con posibles descendientes del Reino israelita del Norte. Tampoco la arqueología apoya la hipótesis de una Galilea gentil, o con predominio de tribus procedentes del norte (itúreos). Los galileos, descendientes de los colonos asmoneos, guardan estrechos lazos con Judea, como confirma su compartida cultura material: vasos de piedra, piletas escalonadas (*miqwaoth*), prácticas funerarias y ausencia de huesos de cerdo. Puede concluirse, por tanto, que los galileos de tiempos de Jesús se sienten y definen como judíos, tanto en lo religioso como en lo cultural.

El capítulo concluye con algunas implicaciones de estos datos con Jesús: la crítica de Jesús a las prácticas rituales fariseas se dirigen a su superficialidad, no a la práctica en sí, pues la renuncia a la preocupación por la pureza ritual judía no se constata hasta una generación después; un galileo, al visitar el Templo de Jerusalén, se sentiría entre “los suyos”, al encontrarse con quienes comparten sus mismas costumbres; la auto-identificación de “la comunidad de Q” con las tradiciones proféticas israelitas refleja cierto distanciamiento ideológico respecto a Jerusalén, pero ni este grupo representa al judaísmo de Galilea, ni constituye motivo de preocupación para él.

El capítulo tercero, “La densidad de población de Galilea: urbanización y economía” (pp. 87-129), nos presenta el impacto de las transformaciones acaecidas en Galilea bajo Herodes Antipas. Crecimiento demográfico, urbanización (fundación de Séforis y Tiberíades), costes de la arquitectura civil, con los consiguientes cambios en la producción agraria y modos de propiedad de la tierra, han de interpretarse como focos de tensión, no tanto en clave de una simplista pugna judaísmo-helenismo, como en un sentido socioeconómico, por lo que supone el paso de una sociedad agraria tradicional a otra mercantilista. Reed termina el capítulo indicando cómo estos factores se reflejan en los evangelios: las bienaventuranzas se inician con la bendición de pobres y hambrientos y la oración del Señor pide la liberación de las deudas; en ellos aparece la repulsa contra la monetización y el ideal de la reciprocidad; por otra parte, la alusión al medio urbano mencionando plazas, bancos, tribunales o cárceles, desaconseja ubicar a Jesús en un contexto exclusivamente rural.

En la segunda parte, que abarca los capítulos cuarto y quinto (pp. 131- 212), la arqueología examina dos asentamientos galileos: Séforis y Cafarnaúm. El capítulo cuarto, “De nuevo sobre Jesús y Séforis: judaísmo y helenismo” (pp. 133-177), se centra en una ciudad de entre 8.000 y 12.000 habitantes —a tan sólo 5 km. de Nazaret—, centro administrativo de Galilea, a la que, paradójicamente, no se alude en los evangelios. Se trata de sopesar el papel que pudo desempeñar esta ciudad en relación con el cristianismo naciente atendiendo a tres factores básicos: el religioso-cultural, el socioeconómico y el político; y si alguno de ellos podría explicar un supuesto interés de Jesús por excluir a Séforis de su itinerario.

Respecto al factor religioso-cultural, concluye Reed, se ha dado excesiva importancia a la tan infundada como desorientadora dicotomía helenismo-vida urbana *versus* judaísmo-vida rural, cuando la cultura material dibuja una Séforis esencialmente judía, aparte de que Jesús nunca rechazó el trato con los gentiles (endemoniado geraseno, Mc 5, 1; mujer sirofenicia, Mc 7, 24-30). En orden a lo

socioeconómico, comparada con las lujosas y cercanas Cesárea o Escitópolis, la relativa riqueza de Séforis respecto a la Galilea rural, no debe considerarse tan radical. Aunque Jesús ataca la ostentación de los ricos frente a la miseria de los pobres, sería anacrónico ver en él al líder de un programa social revolucionario, pues su doctrina refleja mayor preocupación por las relaciones humanas que por las clases sociales, al margen de que no falten ricos entre su auditorio (el joven rico, Mc 10, 17-22) y lo acusen de ser “amigo de recaudadores” (Q 7, 34). El factor político, que apenas deja rastro en lo arqueológico, es el que mejor puede explicar la ausencia de Jesús en Séforis, a la que evitaría tratando de rehuir del tiránico Antipas, como se deja entrever en la tradición evangélica (Lc 13, 31-33).

El capítulo quinto, “Jesús y Cafarnaúm” (pp. 179-212), atiende al epicentro del ministerio de Jesús, una mediana aldea (600-1500 hab. aprox.) de humildes campesinos y pescadores judíos, al noroeste del Mar de Galilea, al margen de las importantes rutas del comercio, sin grandes edificios públicos ni signos de riqueza (ausencia de mosaicos, mármoles, etc.). Tampoco hay evidencias de que existiese allí una importante presencia romana, ni numerosa población gentil, aunque haya de admitirse que “su proximidad a las áreas gentiles hacia el este y el norte dejó su huella en los evangelios en términos de tensiones étnicas subyacentes” (p. 206). Cafarnaúm, en la periferia del poder de Antipas, quizá fue elegida por Jesús como marco idóneo para facilitar la propagación de su mensaje.

Con el capítulo sexto, “El documento Q en Galilea” (pp. 215-246), se abre la tercera y última parte del libro, donde se invierte la secuencia metodológica de las dos precedentes. En vez de ir desde la arqueología hasta las implicaciones de ésta con Jesús, arranca de los textos para leerlos en el “trasfondo” dibujado por la arqueología. Reed sitúa a Q y la comunidad que representa en las ciudades del norte del Mar de Galilea para comprobar que los topónimos, imagería espacial y temas teológicos presentes en Q casan perfectamente con el ambiente social y cultural arqueológicamente predefinido en los capítulos anteriores, lo que viene a ratificar su apriorístico planteamiento.

Así, Cafarnaúm, Corozáin y Betsaida se ubican en el centro geográfico de los lugares citados en Q, mientras que las condenas dirigidas contra estas ciudades galileas denotan el especial significado que tienen para los miembros de dicha comunidad (Q 10, 13-15); todas las referencias espaciales de Q giran en torno a Galilea. Las imágenes de la vida agrícola y natural concuerdan con las del provincianismo rural galileo del s. I, pero sin dejar de traslucir cierta perspectiva urbana; las críticas al ágora y los tribunales, la insatisfacción general que expresa Q ante la urbanización, aunque en un ambiente judío (no se mencionan baños,

templos gentiles, etc.), reflejan angustia y tensión frente al incipiente orden civilizado. Por último, los temas teológicos en Q revelan intereses circunscritos al contexto familiar y al ágora, contrastando con los de los fariseos, preocupados por escalar posiciones en el nuevo orden social herodiano patrocinado por Roma.

El capítulo séptimo, “El signo de Jonás: Q 11, 29-32 en su contexto galileo” (pp. 247-263), repara en la comparación de Jesús con un héroe inscrito en la tradición épica galilea, Jonás. Ambos representan la figura del profeta a la que se remontan también personajes como Abraham, Isaac o Jacob, comparecientes en el banquete escatológico (Q 13, 28-30), del que están ausentes prototipos regios (David) o sacerdotales (Moisés) que tipifican mejor el ámbito local de Jerusalén, al que se asocian los criticados fariseos. En lugar de interpretarlo como profética alegoría de la resurrección (Mt 12, 40), parece más apropiado para Reed reconocer en el “signo de Jonás” la huella de una primitiva tradición dirigida a censurar la incredulidad de Jerusalén —la de sus representantes político-religiosos— contrastándola, para su afrenta, con la aceptación de Cristo por parte de los gentiles.

El capítulo octavo, “La arqueología y el Jesús de Galilea” (pp. 265-276), nos presenta sintéticamente las conclusiones obtenidas en el libro. Galilea se perfila, a partir de la arqueología, con rasgos tan bien definidos como los que permiten identificar a “Jesús el Galileo”. Es una región al margen de las grandes rutas comerciales, provinciana, con personalidad propia, aunque unida religiosa y culturalmente con la vecina Judea. Nazaret, Cafarnaúm, y también Séforis y Tiberíades, aunque algo más helenizadas, son poblaciones galileas esencialmente judías. En los márgenes geográficos del judaísmo, Jesús se relaciona con los gentiles, pero la alusión a éstos responde al afán de humillar al auditorio judío, no tanto a un proyecto misional, definido posteriormente. Jerusalén y su Templo debieron desempeñar un gran simbolismo para los galileos debido a sus vínculos histórico-religiosos, aunque resulte más incierto que la actitud crítica de Jesús hacia sus representantes pueda hacerse extensible a todos los galileos. El influjo de la política de Antipas no se traduce tanto en cambios de orden religioso o cultural, como socioeconómico, al provocar el desequilibrio entre campo y ciudad y, más generalmente, entre clases bajas y élites, generando tensiones y preocupaciones a las que Jesús alude al proclamar el nuevo reino de Dios. La obra se cierra con la bibliografía (pp. 277-308), y un índice temático y onomástico (pp. 309-316).

La traducción de este libro, correcta y de estilo claro y sencillo, la hace accesible a cualquier lector interesado, contribuyendo a la difusión de uno de los

temas más atrayentes de la historiografía actual, al tiempo que pone a disposición de los especialistas del Nuevo Testamento una preciable cantidad de datos.

El libro de Reed supone una importante aportación al proporcionar, gracias a la arqueología, una base verosímil de la realidad social, cultural y económica de la Galilea que sirvió de contexto al Jesús histórico. Para quienes desde el rigor pretendan enriquecer este candente debate, será punto de partida obligado atender a los nuevos presupuestos proporcionados por la arqueología, con cuyo auxilio se supervisa y redefine la información de las antiguas fuentes literarias en torno a Galilea, a menudo tendenciosas, sesgadas o deformadas, al responder a los intereses y prejuicios de sus elaboradores.

Pero este libro, además de constituir un punto de partida, representará también un punto final, porque a partir de él deberán quedar definitivamente marginados del debate del Jesús histórico los estudios que, sin reparar en sus conclusiones, pongan demasiado énfasis en imaginar una Galilea cosmopolita, urbanizada, inmersa en la cultura helenística o abierta y dominada por los presupuestos mentales de la gentilidad, al incurrir en un anacronismo y exotismo ya poco admisibles.

ENRIQUE BENÍTEZ RODRÍGUEZ
Universidad de Córdoba

REYNOLDS, Gabriel Said (ed.), *The Qur'ān in its Historical Context* (London – New York: Routledge, 2008), xiv + 294 pp. + 11 ilustr. ISBN: 978-0-415-42899-6

El texto del Corán ha generado, en los últimos años, una suerte de *revival* de los estudios de coranología. A los fundamentos del estudio crítico del Corán realizados desde la segunda mitad del siglo XIX se han venido sumando nuevos planteamientos (cf. R. Fireston, “The Qur'an and the Bible: Some Modern Studies of Their Relationship”, en J.C. Reeves (ed.), *Bible and Qur'ān. Essays in Scriptural Intertextuality* [Leiden – Boston, 2004], pp. 1-22; *vide* nuestra reseña a este capítulo y a la obra entera en CCO 4 [1997], p. 84) en su modalidad individual y colectiva.

El libro que ahora reseñamos pertenece a esta segunda modalidad de trabajos, en la que varios autores, en ésta concretamente doce (más la interesante introducción del editor), reparten sus aportaciones divididas en tres áreas de estudio.